

EL FILÓSOFO Y SUS OTRAS VIDAS: UN EMPIRISTA EN LA GUERRA DE 1741¹. UN COMENTARIO FIEL DE LOS «FRAGMENTOS DE UN ARTÍCULO MANUSCRITO DE DAVID HUME DESCRIBIENDO EL DESCENSO POR LA COSTA DE BRETAÑA EN 1746 (Y LAS CAUSAS DE SU FRACASO)».

José L. Tasset
Universidade da Coruña
jose.tasset@udc.es

Resumen: Combinando técnicas puramente historiográficas con elementos propios de la Biografía literaria y hasta de la Autobiografía, se reconstruye en este artículo lo expuesto por David Hume (1711-1776) en una obra suya poco conocida, «El Descenso de la Costa de Bretaña (1746)», defendiendo el papel crucial de esta en la historia del humor filosófico.

Palabras clave: Descenso de la Costa de Bretaña; humor; guerra; empirismo; turismo filosófico.

Abstract: Combining purely historiography techniques with elements of Literary Biography & even autobiography, we reconstruct in this article what David Hume (1711-1776) exposed in one of his works, not too well-known, «A Descent on the cost of Brittany» (1746), defending the crucial role of this work in the history of philosophical humour.

Keywords: Descent on the Coast of Brittany; humour; war; empiricism; philosophical tourism.

I. Introito

El poco conocido escrito de Hume que vamos a extractar, traducir y comentar en este trabajo, intenta narrar de una forma ordenada y relativamente seria, el desarrollo de una operación militar en la que Hume participó como secretario del General St. Clair: el ataque a la ciudad francesa de L'Orient en 1746².

El escrito nace con una clara intención de defensa del general y por vía interpuesta también del propio papel de Hume, que obviamente era muy secundario y más de observador que de participante activo; se escribió como respuesta a la narración jocosa —y probablemente exacta a tenor de lo que se irá viendo de aquí en adelante— que Voltaire había hecho del mismo incidente

¹ Este trabajo se ha elaborado íntegramente en el marco del proyecto MINECO de Investigación con referencia FFI2012-31209. La idea y parte del trabajo preparatorio se realizaron durante mi estancia como *Honorary Research Fellow* del Bentham Project en el University College de Londres. Nunca podré agradecer suficientemente la hospitalidad de Fred Rosen (UCL), Philip Schofield (UCL) y Georgios Varouxakis (Queen Mary College). Agradezco también, como siempre, los comentarios hechos a distintas versiones previas de este trabajo por Raquel Díaz Seijas y por mis buenos amigos Francisco Vázquez y Ángel Manuel Lorenzo.

² El texto de Hume se encuentra en (Hume 1992 [1756]). La fuente contemporánea más completa para el estudio del ataque británico a L'Orient es (Diverrès 1931).

en su obra sobre *La Guerra de 1741*³. La sucesión de desatinos, errores y hasta directamente estupideces, llevadas a cabo por los actores británicos en esta suerte de excursión armada de fin de semana, vuelven este escrito de Hume uno de los mejores ejemplos que conozco de «humor filosófico», humor no directamente perseguido pero humor al fin.

La estrategia de Hume es ciertamente arriesgada: para salvar a su amigo el General St. Clair cuenta la historia acontecida con mucho detalle, pero la historia es tan descabellada y tan desafortunada, que acaba retratando de una manera cómica, unas veces, y directamente hilarante, otras, al General, a Hume y a todos los desgraciados participantes en la aventura del ataque británico a L'Orient de 1746. Incluso algo tan lúgubre y negro como las muertes de algunos soldados británicos se producen en un contexto tan absurdo que el relato logra extraer verdaderas carcajadas del lector, acrecentadas por el espíritu de seriedad con el que Hume, en su papel de narrador filosófico veraz y equidistante, se inviste.

Como ya he explicado en otro lugar⁴, el humor no solo está en la visión que el observador tiene de la realidad, sino en la realidad misma. La vida de Hume, como bien explica Emilio Mazza (Mazza 2012, 23), estuvo sometida en diversas ocasiones a una tensión entre sus deseos de retiro filosófico y meditación abstracta, y las continuas demandas de implicación en asuntos con una dimensión práctica: estos requerimientos, que debía atender inexcusablemente ya que al ser segundón de una buena familia de la *Gentry* o nobleza rural escocesa no tenía ingresos propios, lo llevaron en distintos momentos a ser empleado de un comerciante en Bristol (1734), tutor de un marqués aquejado de una enfermedad mental (1745-6), secretario de un general y juez militar en L'Orient (1746-7), secretario y ayuda de campo del mismo general en Viena y Turín (1748), bibliotecario en Edimburgo (1752-7), secretario de embajada y encargado de negocios en París (1763-6) y subsecretario de estado para el departamento del norte en Londres (1767-8). En todas estas actividades prácticas y burocráticas, inusuales para un filósofo en sentido tradicional, Hume demostró, siempre, una gran capacidad, pero también una extraña disposición a meterse en todo tipo de situaciones cómicas. De muchas de ellas no ha quedado «huella literaria» y por tanto son simples anécdotas que nos acercan al lado humano de un gran filósofo; sin embargo, del ataque británico a L'Orient ha perdurado un texto inédito en español y complicado de encontrar hasta en inglés que es un magnífico ejemplo de que a veces cumplir con el lema que Hume puso en su divisa o escudo, «True to the End», puede ser extraordinariamente divertido, al menos para el observador neutral, aunque quizá no tanto para los participantes de lo que a todas luces parece el guion de una comedia de enredo. Así que me ha parecido una buena manera de contribuir a este número de *Ápeiron* dedicado a las relaciones entre humor y filosofía, o lo que me gusta más pensar, a la filosofía hecha con humor, con un *resumen comentado* de este breve escrito de David Hume. Procederé por tanto a ir transcribiendo algunos textos relevantes de la obra, sobre todo aquellos en los que el contenido es tan absurdo e hilarante que el lector puede llegar a pensar que el intérprete exagera, para al hilo de estos textos trazar una narración jocosa de algo tan singular como la presencia de un ilustre filósofo en un campo de batalla, o en algo más bien parecido a una pequeña guerra de opereta.

³ (Voltaire 1756). Cf. sobre la disputa encubierta entre Hume y Voltaire a propósito del ataque a L'Orient (Meyer 1951).

⁴ (Tasset 2010).

2. Presentación del texto

Edward Campbell Mossner señala en *The life of David Hume*⁵ que este escrito que vamos a resumir y comentar se genera como una defensa, algo obligada, de la figura del general St. Clair, pariente lejano de Hume, protector suyo⁶, y origen de la fortuna económica y personal que sonrió a Hume desde esta expedición.

Mossner, que evidentemente es la principal autoridad sobre esta cuestión, señala que el elemento determinante de la escritura por parte de Hume de esta obra fue la publicación, antes en inglés que en francés, de la obra de Voltaire *History of the War of 1741* (Voltaire 1756), en la que se incluían unos comentarios, más jocosos que ofensivos, sobre la expedición de Hume y St. Clair (Mossner 2001, 200). Una reseña de esta edición inglesa de la obra de Voltaire apareció en el número de Febrero de 1756 de *The Monthly Review* (Mossner 2001, 200). Finalmente, una respuesta con una breve presentación del editor de la misma revista, procedente de lo que este consideró una «unquestionable authority», apareció en el número de abril de 1756 (Mossner 2001, 201). Una versión de un manuscrito con la letra del propio Hume y mucho más amplia y detallada que la publicada fue transcrita por Thomas Hill Burton y publicada como un apéndice en su conocida obra *Life and correspondence of David Hume* (Burton John 1846, 441-56).

Mossner considera que esa «autoridad incuestionable» es Hume y que fue él quien escribió el breve relato de tres páginas publicado en la prensa relativo al desafortunado incidente de L'Orient.

Lo que al parecer ofendió más a Hume, y lo que también parece que lo forzó a satisfacer las peticiones de sus amigos para responder⁷, fue en especial el jocoso relato de Voltaire acerca de cómo el General Saint Clair (Sinclair para Voltaire) salió huyendo con sus tropas justo en el momento en el que una delegación de los defensores de la ciudad llegó a la playa en la que estaban instalados para rendirse. Por supuesto, Hume no confirma este extremo pero los detalles tan absurdos que recoge de la preparación y marcha de la expedición, no en el artículo publicado sino en el manuscrito recogido por Thomas Hill Burton, hacen que no sea completamente descabellado pensar que pudo ocurrir realmente lo que Voltaire cuenta, como se verá de un modo fehaciente más adelante. Hume, fiel a lo largo de toda su vida a los amigos que hizo en la expedición a L'Orient y en especial al General no podía dejar pasar la provocación que suponían las palabras finales dedicadas por Voltaire a dicha expedición:

⁵ La referencia básica en relación con el escrito, su autoría y la expedición contra la Costa de Bretaña, es el capítulo 15, titulado «A Military Campaign», de (Mossner 2001, 187-220).

⁶ (Mossner 2001, 199-200).

⁷ Cito las cartas de Hume por (Hume and Greig 1932, en adelante citaré la correspondencia de Hume de forma abreviada como Hume: TLDH). Hume habla de sus aventuras en la costa de Francia en las siguientes cartas: Letter 50: To ALEXANDER HOME (Hume: TLDH Vol I Ltr 50 To: Home [1746] p. 90); Letter 53: To JOHN HOME OF NINEWELLS (Hume: TLDH Vol I Ltr 53 To: Home [1746] p. 94); Letter 54: To HENRY HOME (Hume: TLDH Vol I Ltr 54 To: Home [1747] p. 98). Hay una alusión indirecta sobre este asunto también en la carta siguiente: Letter 56: To JOHN CLEPHANE (Hume: TLDH Vol I Ltr 56 To: Clephane [1747] p. 101). Las amistades hechas por Hume en la expedición militar a L'Orient forman también el contexto de la famosísima carta al capitán Edmonstoune (Letter 142: To CAPTAIN JAMES EDMONSTOUNE OF NEWTON; Hume: TLDH Vol I Ltr 142 To: Edmonstoune [1757] p. 268), que traduje ya hace tiempo en (Tasset 2005).

«En suma, este gran despliegue de armamento no produjo más que desatinos y risas, mientras que las otras partes de la guerra fueron demasiado salvajes y demasiado terribles» (Voltaire 1761, vol. 14, pág. 253)⁸.

3. «El descenso de la costa de Bretaña (1746)»: un relato

3.1. Ordenando el caos

Estamos en agosto de 1746.

David Hume comienza por describir el tamaño de la fuerza militar desplegada, en total, cinco batallones, con unos 4500 hombres en total.

Aunque la flota y los hombres habían sido en principio calculados y pertrechados para atacar y conquistar Canadá, después de varios intentos infructuosos de salir del Canal de la Mancha, primero bajo las órdenes del Comodoro Cotes y después del almirante Listock, lo más lejos que habían conseguido llegar fue poco más allá de la isla de Santa Helena, en las islas de Scilly, en el suroeste de las propias islas británicas.

Para justificarse, Hume hace un análisis muy detallado y experto sobre la inconveniencia de adentrarse en alta mar y camino de América en las distintas épocas del año. Teniendo en cuenta que estamos todavía en agosto y que el comienzo del invierno y el final del otoño se sitúa en torno al 21 de diciembre, por tanto al menos 3 meses después de la fecha en que Hume sitúa el relato, ello nos da una idea del ardor guerrero que animaba al propio Hume y al parecer a todos los demás integrantes de la expedición:

«Se observa que a fines del otoño o comienzos del invierno, el viento del noroeste sopla de forma tan violenta en la costa de Norteamérica, que vuelve siempre difícil y a veces imposible para los barcos que parten tarde alcanzar ningún puerto en tales lugares» (Hume 1992 [1756], 443)⁹.

Con un talante muy «práctico», Hume observa que:

«como los transportes estaban listos y la armada equipada con un gran coste, se llevó a cabo un intento apresurado para dirigirlos hacia algún lugar en Europa, durante lo poco que quedaba de verano» (Hume 1992 [1756], 443-4).

El origen de esta expedición británica de descenso y ataque sobre la costa de la Bretaña Francesa que acabó con el sitio a la ciudad de L'Orient estuvo en la evolución, desfavorable para los intereses británicos y para los de sus aliados, del conflicto que, por aquel entonces, los enfrentaba con Francia, la Guerra de Sucesión Austríaca (1740-48), en la que Gran Bretaña entró

⁸ Hay que decir que Voltaire mantiene en realidad una actitud bastante respetuosa con respecto al General St. Clair, ya que en nota al pie señala que «hizo todo lo que se podía esperar» (Voltaire 1761, vol. 14, p. 253, nota).

⁹ Citaré los textos de apoyo, siempre en traducción mía, a partir de la edición impresa que se conserva del texto manuscrito de David Hume tal y como fue transcrito por Robert H. Burton, incluida en (Hume, Green, and Grose 1992, vol. 4, págs. 443-60). Este mismo texto fue publicado en la versión de Burton por primera vez en (Burton John 1846, vol. 1, pp. 208 ss.).

para evitar la hegemonía francesa en Europa, así como para proteger sus intereses comerciales y coloniales intentando imponer su hegemonía naval sobre Francia.

La idea que subyacía a la expedición era la de ayudar a las fuerzas aliadas comandadas por el Príncipe Carlos Alejandro de Lorena, que estaban siendo derrotadas en Flandes. Como Inglaterra no tenía suficientes fuerzas para ayudarlo directamente, el alto mando inglés (una forma generosa de llamarlo, como se entenderá más adelante), decidió que era mejor montar una operación de distracción en algún lugar de Francia, una vez que se había demostrado que no serían capaces no ya de atacar Canadá sino ni tan siquiera de acercarse a las costas norteamericanas.

Mas el tiempo pasaba y pasaba y no se tomaba una decisión: ¿por qué?

Al parecer, el Secretario de Estado (el equivalente a nuestro Ministro de Defensa, aunque también con funciones de Ministro del Interior) había escuchado al General St. Clair en una conversación informal sugerir la idea del ataque de distracción y esperaba la llegada a su oficina en Londres de un proyecto detallado de este ataque. Por su parte, el General aguardaba órdenes del Secretario de Estado, quien a su vez esperaba al General.

Julia Barragán, una economista venezolana discípula del Premio Nobel de Economía 1994 John Harsanyi, me explicaba un día que los acuerdos políticos y las decisiones públicas se basan en gran parte (o deberían hacerlo, más bien) en lo que los economistas llaman «conocimiento compartido» («yo sé que tú sabes que yo sé que tú sabes, y así seguido»); el funcionamiento del Estado Mayor británico en la Guerra de 1741 constituye un perfecto ejemplo de un «desconocimiento general compartido», que como premisa de actuación ha llevado a que este período haya sido considerado de forma general el de mayor incompetencia de la historia militar británica.

Uno de los motivos por los que el General St. Clair no desarrolló de un modo detallado proyecto alguno era que reconocía no tener el más mínimo conocimiento acerca de la costa de Francia, el objeto sobrevenido del ataque. Él había preparado un ataque al Canadá, pero nada de lo preparado le valía ahora.

Tanto el General St. Clair como el Almirante Listock pensaban que como el Secretario de Estado tenía más poder y además «vivía en Londres», podría mucho mejor que ellos «montar y desarrollar tal plan» (Hume 1992 [1756], 445).

Hay que señalar aquí que, aunque Hume pretende y no consigue defender al General St. Clair de las acusaciones de incompetencia, en realidad lo que todo el texto muestra es una incapacidad del General para formular y defender las propias opiniones. De hecho, todo el entuerto procedía de una conversación informal con el Rey de Inglaterra en la que este le preguntó si se podría importunar a los franceses en algún sitio, el General le contestó que sí, pero que no tenía ningún plan específico para hacerlo y ante la insistencia del Rey el General se había salido por la tangente; requerido ahora para pensar y hacer algo, en vez de contestar que era una idea descabellada, se escudó en su desconocimiento de la costa de Francia. Al relatar en una carta al Secretario de Estado cómo se armó la idea del ataque (o su ausencia completa de idea alguna), todavía lo complica más porque parece estar buscando información para un plan que en realidad no existe:

«Aseguró a su Majestad que nunca había pensado propiamente [en el plan, JLT], pero que si así lo deseaba, [...] intentaría buscar otras personas en Londres que les pudieran proporcionar algún conocimiento de la Costa de Francia» (Hume 1992 [1756], 444).

Por otra parte, y en descargo tanto del General como del Almirante, hay que reconocer que era realmente complicado obtener datos para un ataque a la Costa de Bretaña, no solo porque estaban anclados en medio del Atlántico, sino porque «el más inviolable de los secretos pesaba de un modo estricto sobre ellos» (Hume 1992 [1756], 445).

Así que, cumpliendo órdenes de esperar instrucciones en un puerto seguro, dejaron Santa Helena el 23 de Agosto y llegaron a Plymouth el 29.

La sorpresa de los expedicionarios, o excursionistas veraniegos ya en aquel momento, fue mayúscula al encontrarse en Plymouth lo que Hume denomina irónicamente «poderes discrecionales ilimitados»¹⁰; literalmente el Alto Mando los conminaba a hacer lo que les diera la gana, pero a que hicieran algo:

«Allí encontraron órdenes explícitas de zarpar inmediatamente con el primer viento favorable hacia la costa de Francia y llevar a cabo un intento en L'Orient, Rochefort, La Rochelle, o navegar adentrándose en la Ría de Burdeos; o bien, si juzgaban impracticables cualquiera de estas empresas, navegar hacia cualquier otro punto de la costa occidental que consideraran apropiado» (Hume 1992 [1756], 445-6).

Como afortunadamente para ellos el viento era contrario, tanto el General como el Almirante tuvieron tiempo de despachar dos cartas los días 29 y 30 de Agosto, contestando a estos planes tan genéricos.

Ambas cartas eran un memorial de excusas, pegas y problemas hipotéticos y en algunos casos reales. Conjuntamente describieron la dificultad, o más bien la imposibilidad, de cualquier ataque a L'Orient, Rochefort o La Rochelle, debido a la fortaleza defensiva real de estas plazas, al menos en la medida en que su imperfecta información les alcanzaba; o, si esta información no era correcta, cosa que no sabían a ciencia cierta, puesto que para discriminar una información como imperfecta hay que tener alguna información, «debido a su propia y absoluta carencia de información de inteligencia militar, de guías y de pilotos, que son el alma de todas las operaciones militares» (Hume 1992 [1756], 446).

En este momento del desarrollo de la historia y del propio relato de Hume, y en un ejercicio retórico algo malvado destinado a intentar conseguir exculpar a su amigo y pariente lejano el General St. Clair, del inminente desastre en que toda expedición parecía estar a punto de desembocar, Hume menciona la existencia de otra carta paralela del General al Secretario de Estado, en la que aquel hace un demoledor análisis de sus posibilidades de éxito.

¹⁰ El tono circunspecto de Hume a veces se ve alterado claramente por el absurdo de lo que está contando y, a pesar de que su intención es defender al General, acaba introduciendo comentarios claramente humorísticos, por el tono inapropiadamente solemne sobre todo, lo que probablemente explica por qué acabó eliminando esta obra del catálogo de escritos reconocidos como de su autoría, a pesar de que parece estar libre de dudas que efectivamente Hume fue su autor. Incluso aún a riesgo de poderse ver afectado él y su amigo el General, no es capaz de dejar pasar la ocasión de demostrar su ingenio y su talento literario aun en el boceto de un artículo para un periódico.

La carta comienza señalando que de todos los destinos propuestos el único viable por la información disponible era Burdeos. Hay que tener en cuenta que dicha información estratégica de la inteligencia militar británica consistía en realidad en el recuerdo de una sola visita que el propio General había hecho en el pasado a Burdeos. Sobre ese recuerdo habría que articular todos los planes de ataque.

No obstante, a pesar de ser una plaza no demasiado fuerte desde el punto de vista defensivo, el General St. Clair insiste, en su línea habitual de poner todas las pegas del mundo para intentar no moverse desde su cómoda instalación en el puerto de Plymouth, en las grandes dificultades que tendría un ataque a Burdeos:

1. En primer lugar, vuelve a insistir en que nadie en la flota ha estado nunca en la costa occidental de Francia excepto él, que estuvo una sola vez en su vida;
2. Incluso él, habiendo estado en la ciudad de Burdeos, confiesa no saber nada acerca del terreno que separa a Burdeos del mar, lo que obviamente es fundamental para sitiar la ciudad;
3. No tienen ningún mapa en el barco, no de la costa occidental, sino tampoco de Francia en general;
4. Los datos que pudieran obtener de los pobladores, nativos, caso de atacar, probablemente serían falsos y orientados a confundirlos (ya se sabe lo que miente cualquier campesino cuando se lo invade); y
5. Lo que es más importante, caso de necesitar dinero para pagar a esos hipotéticos informadores franceses, o para cualquier otro menester, o bien se entiende que tendrían «que obtenerlo en el país» (Hume 1992 [1756], 446) esto es, «robarlo», o bien emplear los pocos fondos que tenían preparados para su ataque a Canadá. No es extraño que tanto la imagen de unos oficiales británicos «atracando» a campesinos, como la alternativa de los mismos oficiales sobornando a los *mismos* campesinos con «dólares mexicanos» (Hume 1992 [1756], 446), que eran el único dinero que tenían, resultara insufrible para la imaginación del General.

Así que a juicio del general, la expedición era imposible y caso de llevarse a cabo estaba destinada a fracasar; en todo caso, como militar que era, esperaba órdenes.

En este punto, Hume añade un resumen general de la situación que pretende ser dramático y apocalíptico, pero que acaba convirtiéndose en un ejemplo brillante de la mejor tradición del humor británico:

«En su conjunto, él [el General] se comprometió nada más que a obedecer; no prometió ningún triunfo; profesó una absoluta ignorancia con respecto a cualquier circunstancia de la empresa; incluso no pudo decidirse por ninguna empresa en particular; y, sin embargo, tenía órdenes específicas de zarpar con el primer viento favorable hacia la desconocida costa, marchar a través de un desconocido terreno y atacar las desconocidas ciudades de la nación más poderosa del universo» (Hume 1992 [1756], 447).

Por si eran pocos los inútiles que lo rodeaban, incluido el propio secretario-filósofo David Hume, buen conversador y buena compañía pero carente por completo de cualquier formación o experiencia militares, otro Almirante de la Armada Británica, Anson, les transmitió en una charla informal que había recibido informaciones «por casualidad, de forma imperfecta y de segunda mano» de que L'Orient «aunque era muy fuerte por mar, no lo era tanto por tierra» (Hume 1992 [1756], 447).

Tras esta información, que en su desesperación, tanto el General como el Almirante, consideraron «un vago destello de luz en su actual oscuridad e ignorancia» (Hume 1992 [1756], 447), el 3 de septiembre comunicaron al Duque de Newcastle que atacarían L'Orient en cuanto el viento soplara a su favor.

Para que la carencia de información no fuera completa, enviaron varias embarcaciones para explorar el terreno por mar y por tierra.

Mientras tanto, el Secretario de Estado les volvió a cambiar unos planes que ni tan siquiera habían puesto en marcha.

En unas instrucciones anteriores, el Duque de Newcastle les había prometido que si lograban desembarcar en la Costa de Bretaña, o incluso en el Golfo de Vizcaya (en realidad daba igual), les mandaría tres batallones de soldados para apoyarlos.

La primera sorpresa consistió en saber, de repente, que los tres batallones, en un alarde de rapidez y eficacia, estaban ya listos para seguirlos cuando el ataque ni tan siquiera había comenzado.

La segunda sorpresa, esta sí mayúscula, era que el Secretario de Estado les comunicaba que, si no habían atacado todavía la Bretaña (de momento solo estaban observándola por vía interpuesta), sería mejor que atacaran Normandía, para lo cual les mandaba un plan detallado. Este nuevo plan tenía preferencia sobre el otro.

En realidad, el Secretario de Estado había rescatado, probablemente de un cajón polvoriento, un plan antiguo: «que no estaba en absoluto calculado para la presente expedición, sino que requería un cuerpo de caballería como parte esencial para su ejecución; un recurso del que el General carecía por completo» (Hume 1992 [1756], 448).

A la falta de adecuación del plan nuevo se añadía un elemento que Hume describe una vez más en un tono jocoso-apocalíptico: la absoluta carencia de experiencia militar de su proponente, el Mayor MacDonald:

«Descubrieron que el Mayor MacDonald había tenido tan pocas oportunidades de adiestrarse en el Arte de la Guerra, que hubiese sido peligroso, sin mayor información, seguir su plan en cualquier operación militar» (Hume 1992 [1756], 448).

A modo de resumen provisional, habría que concluir por el momento que (a) un conjunto de incompetentes había planteado un plan descabellado a un Rey demente en una charla informal; (b) este plan había sido recogido por un Ministro del que se decía que «perdía media hora por la mañana y se pasaba el resto del día buscándola»¹¹; (c) finalmente, y ante la incapacidad para llevar

¹¹ Hume: TLDH Vol I Ltr 53 To: Home [46] Fn 2 p. 95.

acabo acción alguna por parte de los responsables últimos del entuerto, el jefe de todos ellos les había mandado todo un plan elaborado hace años por alguien no solo torpe sino además inexperto. Esto puede parecer suficiente; no lo es, habrá aún mucho más.

En otra carta al Duque, el General y el Almirante argumentaron que ya habían mandado exploradores a Bretaña no a Normandía, por lo que era mejor, si no le importaba, atacar ya allí. El Duque les contestó sin más «dándoles plenos poderes para ir adónde les diera la gana (sic)» (Hume 1992 [1756], 449).

Observa Hume aquí, sin darse cuenta del absurdo, que durante todo este tiempo el General había permanecido «para su disgusto...completamente inactivo» (Hume 1992 [1756], 449).

En realidad no había sido así, no totalmente al menos, puesto que el General, con gran diligencia, había estado intentando conseguir más información sobre la costa occidental de Francia, lo que constituye un esfuerzo realmente impresionante por la enorme lejanía de dicha costa que, exactamente, está justo enfrente de Inglaterra.

Para ayudarlo en esta ardua tarea, el Secretario de Estado les había mandado no solo al incompetente del Mayor MacDonald sino también al Capitán Cooke (no habían tenido la suerte de que fuera Cook sino Cooke, y no el de Trafalgar), un corsario; ambos, al parecer «eran las únicas personas que pudo encontrar en Londres que aseguraban conocer algo de la costa de Francia», a lo que añade Hume, ahora ya sin control, en su desaforado relato del caos total, «como si la petición de información se hubiera referido a la costa del Japón o de California» (Hume 1992 [1756], 449). Así que

«El General deseaba tener mapas de Francia, principalmente de la Gascuña y de Bretaña. Recibió tan solo un mapa de la Gascuña, junto con uno de Normandía. Ningún mapa de Bretaña, ninguno de Francia; así que se ve obligado a decidir sobre una empresa tan importante sin información de inteligencia, sin pilotos, sin guías, sin ningún mapa del país al que era enviado, excepto un mapa corriente, a pequeña escala, del Reino de Francia, que su ayuda de campo había podido encontrar en una tienda en Plymouth» (Hume 1992 [1756], 449).

Llegados a este punto, y como ya tenían un «mapita» para atacar Francia, el General pidió por escrito que no le exigieran mucho, ya que había tenido que superar tantos obstáculos y todos sus planes estaban más sometidos «al azar que a la prudencia» (Hume 1992 [1756], 449). Para tranquilidad del General, el alto mando le contestó amablemente que «nada se esperaba de él, sino desembarcar en el lugar de Francia que le diera la gana, provocar alarma y regresar a salvo, con la flota y los transportes, a los dominios británicos» (Hume 1992 [1756], 449).

Tranquilizado por esta muestra de confianza en sus capacidades, el General y el Almirante dieron la orden de zarpar el 15 de septiembre de 1746. Después de tres días de apacible travesía llegaron a la Isla de Groa (sic por Groix), justo enfrente de L'Orient, en donde se encontraron con los barcos y exploradores enviados como avanzadilla.

En un arrebató poético, Hume señala que «eran cerca de las ocho de la tarde, había luna llena y un cielo claro, con una agradable brisa soplando hacia la costa» (Hume 1992 [1756], 450).

3.2. Segunda etapa del despropósito: el ataque

¿Debían desembarcar esa misma noche en el lugar propuesto por los exploradores, la desembocadura del río Quimperlay, a unas diez millas de L'Orient, un lugar con rocas peligrosas para los barcos, o, por el contrario, esperar al día siguiente? El exceso de cautela del viejo Almirante les hizo decidir esperar a que fuera de día, lo que fue fatal. El viento cambió a la mañana siguiente y algunos de los barcos no pudieron alcanzar el lugar del desembarco hasta tres días después.

En todo caso, lo peor de todo fue que decidieron perder cualquier clase de factor sorpresa y el acercamiento y el posterior desembarco fallido, y el definitivo, fueron realizados ante la atenta mirada de los habitantes de la ciudad destino del ataque.

Observa Hume con resignación sobre este punto:

«Durante este tiempo, la flota estaba por completo a la vista desde la costa y se hicieron preparativos en Port Louis, en L'Orient, y en todo el país, para recibir a un enemigo que los amenazaba con una invasión tan inesperada (sic)» (Hume 1992 [1756], 450).

Ante la clara evidencia, apenas disimulada, de que se les avecinaba una invasión y aprovechando la tranquilidad con la que los ingleses se tomaban la tarea de desembarcar «por sorpresa», los franceses movilizaron a todas las fuerzas disponibles (los veteranos, la milicia y los guardacostas), de modo que al amanecer del día 20 de septiembre,

«un considerable cuerpo de todas estas tropas, aunque principalmente de la última, que ascendía a unas 3.000 personas, fue visto en la parte alta de la costa con la intención de oponerse al desembarco de las fuerzas británicas» (Hume 1992 [1756], 451).

Después de meditarlo mucho y cambiar varias veces el lugar elegido para desembarcar, finalmente los ingleses consiguieron poner en tierra a unos 600 hombres, ante lo que las milicias locales huyeron tierra adentro: «Los ingleses los siguieron con normalidad y en buen orden, pronosticando el éxito para una empresa con un comienzo tan afortunado» (Hume 1992 [1756], 452). Como se verá de inmediato, la opinión de Hume sobre el éxito de toda la «empresa» cambiará drásticamente de signo en cuestión de unas horas.

3.2.1. De cómo el «ardor guerrero» inglés los llevó a equivocarse de camino y hasta de ciudad

En el lugar del desembarco había a la derecha una pequeña cala que, con la marea baja, daba acceso al camino más corto hasta L'Orient y más adecuado para el transporte de tropas y artillería. Como en ese momento la marea estaba alta:

«los franceses que huían se vieron obligados [...] a dar un rodeo de algunas millas y, por consiguiente, confundieron al General, quien, concluyendo lógicamente que se refugiarían en la ciudad, y no teniendo ninguna otra guía para conducirse, pensó que, siguiendo sus pasos, sería guiado por el camino más adecuado y más corto hasta L'Orient» (Hume 1992 [1756], 452).

El General envió tras los franceses a unos 100 hombres que, tras ser atacados por algún fuego enemigo, acabaron en un pueblo llamado Guidel, dice Hume, casi a 6 kilómetros de L'Orient. Los mapas actuales indican que la estimación de Hume acerca de que acabaron más o menos a una legua («league») de L'Orient eran demasiado generosos y probablemente intentaban enmascarar algo el primer desastre: el camino más corto actualmente entre las dos ciudades equivale casi a 12 kilómetros.

Mientras tanto, el General esperó a que desembarcaran el resto de los hombres y, al amanecer, los envió a todos a Guidel creyendo que iban a L'Orient.

Lo que allí se encontró fue un auténtico desastre. No solo se habían desviado en dirección contraria a L'Orient, sino que el camino hacia la ciudad «era peligroso y difícil» (Hume 1992 [1756], 453), ya que los exponía fácilmente a ser atacados incluso por unas pocas tropas inexpertas.

Así que para no exponerse, por completo, el General decidió dividir al ejército inglés en dos bloques de igual tamaño que marcharían hacia L'Orient por dos caminos distintos.

El destacamento comandado por él mismo llegó a L'Orient sin muchos problemas.

No así el comandado por el Brigadier O'Farrel, quien había dirigido el día anterior la desgraciada persecución que acabó con todo el ejército desorientado a 12 kilómetros de L'Orient.

3.2.2. De cómo el ejército británico se atacó a sí mismo

Lo que aconteció al destacamento del Brigadier es difícil de resumir sin que a uno le dé un ataque de risa, sobre todo teniendo en cuenta que Hume está intentando contrarrestar con su detallado relato precisamente la opinión expresada por Voltaire acerca de que todo el ataque fue literalmente «de risa». Veamos qué cuenta y si lo consigue. Adelanto aquí, porque no puedo evitarlo, mi opinión ecuánime, escrita entre lágrimas, de que entre todos los sucesos hilarantes de esta excursión filosófico-bélica, este fragmento merece el honor más alto en la cadena creciente de desatinos que David Hume, persona equilibrada y fría en todo momento, nos va relatando:

«Dos batallones de ese destacamento, en parte por su falta de experiencia y, en parte, por el terror que les inspira naturalmente a los soldados encontrarse en un país difícil y desconocido tanto para ellos como para sus jefes; y, en parte, quizás por accidente, a lo que el valor de los hombres está extremadamente expuesto; fueron presa del pánico ante un puñado de campesinos franceses, que les dispararon desde detrás de unos setos. A pesar de todos los esfuerzos del Brigadier, muchos de ellos arrojaron al suelo sus armas y salieron huyendo; otros dispararon, en medio de la confusión y se hirieron unos a otros; y si algunas fuerzas regulares hubieran estado presentes para sacar ventaja de este desorden, las más fatales consecuencias hubieran sobrevenido» (Hume 1992 [1756], 453).

Con ser grave lo sucedido, y sobre todo ridículo, para Hume lo más importante no fue que los propios soldados ingleses se dispararan unos a otros y salieran corriendo, al escuchar unos tiros procedentes de unos campesinos; lo peor fue que, desde ese momento, ambos batallones entraron en un estado de histeria colectiva permanente necesitado de atención psiquiátrica urgente, que además contagiaron al destacamento del propio General, cuando finalmente se reunieron con él ante L'Orient:

«[...] el pánico se mantuvo aún en los dos batallones después de todo y se transmitió a los demás y mantuvo a todo el ejército en un estado de ansiedad, incluso cuando no estaban en peligro, arrojando una poderosa niebla sobre las esperanzas de éxito albergadas para esta empresa» (Hume 1992 [1756], 453).

Al fin estaban en L'Orient, que Hume describe con detalle, aunque concentrándose en aquellos elementos que podrían justificar el desastre posterior de toda la operación. Por ejemplo, aunque Hume señala que L'Orient era una «ciudad débil», añade que tenía numerosos recursos sobre todo materiales para ser defendida de «un ejército pequeño y mal pertrechado» (Hume 1992 [1756], 454), como pretende que era el suyo.

El problema era que para asaltar una ciudad suele ser necesario tener algunos cañones, pero estos estaban aún en los barcos. El camino desde Guidel que habían recorrido no solo era peligroso sino intransitable para tal fin. Así que dos días después del desembarco, tuvieron que buscar otro camino para su transporte:

«De acuerdo con esto, descubrieron otro camino, mucho más cercano, todavía de 10 millas de recorrido, aunque fácilmente transformable en intransitable por un tiempo lluvioso, como el que después experimentaron» (Hume 1992 [1756], 455).

3.2.3. Entran en escena los «técnicos»

Como cualquier expedición de este tipo y volumen, el ataque inglés a L'Orient contaba con el consiguiente cuerpo técnico: los ingenieros militares, en concreto, el «Director-General» o Ingeniero-Jefe Armstrong y el Capitán Watson.

El General les preguntó por las posibilidades de un ataque con artillería, y después de consultar también al capitán de artillería Chalmers, los tres coincidieron en asegurar que podrían provocar una «brecha practicable en las murallas» o «destruir la ciudad, reduciéndola a cenizas, en veinticuatro horas» (Hume 1992 [1756], 455).

Lo único que consideraban necesario para lograr al menos lo primero, era trasladar hasta allí dos cañones de 12 libras y un mortero de 10 pulgadas. Para lo segundo usarían principalmente bombas incendiarias y otros artilugios de los que, al parecer, estaban bien provistos.

Con los cañones armarían una batería de artillería en el lugar que ya habían elegido, a lo que Hume añade, para curarse en salud, que todo esto parecía muy adecuado «dando por sentado que la batería estaba a la distancia adecuada» (Hume 1992 [1756], 455).

Usando a una tercera parte de los marineros de la flota, tardaron dos días en llevar esas piezas y el resto de la munición de artillería, con grandes esfuerzos debido a la lluvia, hasta L'Orient.

Mientras tanto el General había mandado emisarios a parlamentar con las autoridades de L'Orient. La respuesta fue que estaban dispuestos a rendirse y entregar la ciudad, pero solo si esto no afectaba para nada a ninguna propiedad privada ni a las de la Compañía Francesa de las Indias (el principal objetivo, en realidad, de la expedición) y, finalmente, si toda la guarnición podía abandonar la ciudad con todos los honores, armas y banderas.

En un rasgo de sensatez que sorprende a estas alturas, el General se dio cuenta de que «en una ciudad pequeña que abre sus puertas bajo estas condiciones, no merece la pena entrar» (Hume 1992 [1756], 456), por lo que rechazó todas las peticiones, incluso alguna que en realidad no estaba en su mano hacer cumplir, ya que como observa Hume, la guarnición podía irse «cuando quisiera» (Hume 1992 [1756], 456) ya que la ciudad no estaba sitiada.

Mientras tanto los franceses averiguaron que el ejército que los asediaba era mucho menor de lo que parecía sugerir el número de barcos de la flota. Este pequeño ejército, además, estaba agotado por el traslado de la artillería bajo la lluvia y, sobre todo, mostraba una hilarante y peligrosísima histeria colectiva, ante el más mínimo ataque por parte de los defensores (cuando debiera haber sido justamente al revés); como destaca Hume: «[...] aumentaba la fatiga [...] especialmente cuando se unía a las frecuentes alarmas, que el inexplicable pánico al que estaban sometidos volvió demasiado frecuentes» (Hume 1992 [1756], 456).

Al inexplicable terror experimentado por el ejército en su conjunto ante el más mínimo signo de posible peligro, se unió, como era de esperar, la incompetencia o directamente estupidez de los ingenieros militares, quienes colocaron la batería tan lejos que los proyectiles difícilmente podrían alcanzar el objetivo de hacer ni tan siquiera una muesca, que no un boquete, en la muralla de la ciudad.

Hume muestra un singular encono en la descripción de la incompetencia ingenieril, lo que teniendo en cuenta el nivel general de incompetencia y torpeza de todos los expedicionarios, incluyendo a los más altos responsables, llama la atención por su virulencia. Nos cuenta este Hume *tecnóforo*:

«Aunque el General les ofreció colocar y mantener la batería en donde el ingeniero considerara oportuno, este escogió instalarla a más de seiscientas yardas (casi 550 metros) de la muralla, donde un cañón tan pequeño no tendría manera alguna de funcionar. Lo instaló con un ángulo tan oblicuo respecto de la muralla que las balas lanzadas por el cañón más grande deberían haberse desviado sin hacer impacto» (Hume 1992 [1756], 457).

A la dificultad del ingeniero jefe a la hora de medir distancias y ángulos, se unió, para mayor tortura de quien relata lo acontecido, que las balas incendiarias con las que iban a reducir a cenizas la ciudad en veinticuatro horas se las habían olvidado en los barcos; cuando las balas estuvieron

ante L'Orient, observaron que se habían olvidado los hornos para calentarlas; cuando, finalmente y con un enorme esfuerzo llevaron los instrumentos para prepararlas hasta las cercanías de la ciudad, el ingeniero-jefe se enteró de que en los barcos había unas vagonetas para llevar rodando lo que habían llevado en peso.

Para acabar con este apartado técnico hay que señalar que, probablemente contagiados por la torpeza del enemigo, los defensores franceses instalaron también una batería de cañones, de nuevo a tanta distancia, que cuando había intercambios de artillería ninguno de los proyectiles, ni enemigos ni amigos, llegaba nunca a su destino.

En cualquier caso, los retrasos en el desembarco, en la aproximación a la ciudad, en el establecimiento de la artillería y en el transporte de municiones, habían sido tantos y tan largos, que los defensores no habían tenido ningún problema para ir reforzando las defensas y estableciendo destacamentos de cientos de hombres en los posibles puntos de asalto, de modo que cualquier clase de ataque a L'Orient se había vuelto completamente imposible.

4. Cierre y redoble final: una retirada desastrosa más que deshonrosa

David Hume señala refiriéndose al relato por Voltaire del asalto británico a L'Orient que «estaba más preocupado por contar su historia de un modo entretenido que de asegurarse de la realidad de esta, por lo que pretendió exponer esta expedición bajo la luz del ridículo» (Hume 1992 [1756], 458). Realmente por lo leído no hacía falta que Voltaire se inventara nada ni cargara las tintas en ningún aspecto de la expedición; Hume, y lo sabemos porque se trata de un relato manuscrito no destinado a publicarse, cuenta la verdad de lo que vio y con eso es suficiente para pasar a la historia del humor británico, ya que no a la del ejército.

Pero, ¿cómo acabó la historia?

Ante la evidencia de que el ataque no iba a llegar a ningún fin, ni bueno ni malo, Hume elogia en el General, porque no puede hacer otra cosa, la inteligencia práctica de haberse dado cuenta de que no había nada que hacer; algo es algo:

«Por su vigor al combatir los vanos terrores extendidos entre las tropas y por su prudencia para desistir a tiempo de una empresa infructuosa, la desgracia se limitó a un simple contratiempo, sin ninguna pérdida o ningún deshonor para las armas británicas» (Hume 1992 [1756], 458).

Después de celebrar un consejo de guerra con todos los oficiales:

«Unánimemente decidieron abandonar el asalto y volver a bordo de los transportes. Todas las tropas fueron reembarcadas de acuerdo con esto el 28 de septiembre, con la pérdida de cerca de veinte hombres muertos y heridos, en toda la empresa» (Hume 1992 [1756], 460).

El 1 de Octubre de 1746 la flota puso rumbo de vuelta a sus bases en Inglaterra e Irlanda adonde llegaron sin más problemas, al menos que nosotros sepamos. Aunque todo era posible con

este grupo de ardorosos, a la par que prudentes, militares acompañados por el más importante crítico de la metafísica occidental.

5. Breve conclusión: humor a cuenta de la Filosofía

A veces la realidad vale en sí misma, sin más, sin necesidad de ningún comentario y el humor, la sonrisa, la carcajada abierta y sin límites, aparece de repente ante la ruptura del orden lógico de los acontecimientos; un filósofo deseoso de decir la verdad, de contarla, de convencernos con razones, datos y argumentos, puede ser directamente risible, constituir una fuente de diversión inagotable, como demuestra el aciago caso de esta experiencia militar del filósofo David Hume en la Guerra de 1741 contra Francia. Y no fue la única en su vida.

Pero, eso será objeto de otros relatos en otros trabajos futuros.

6. Epílogo: Desventuras en Britania de un «turista filosófico»

La gestación personal de este trabajo quizá merezca un breve comentario, ya que no solo debe aplicarse el humor al análisis del pensamiento clásico sino a nuestra propia dedicación a este.

Durante los años 2005 a 2009 tuve la «fortuna» de ser Decano de la Facultad de Humanidades de mi Universidad, la de A Coruña. Fue una experiencia inenarrable en la que mi pensamiento recurrente, diario, permanente, obsesivo, primero era «dimisión», «dimisión» (mía) y después, en grados crecientes de cólera, «ejecución», «ejecución» (ajena). No creo que jamás haya habido nadie tan convencido de ser la persona más inadecuada en el lugar más inapropiado y en las circunstancias más aciagas. Me sentí solo, abandonado, traicionado y maltratado en todas las formas posibles. Mientras que pasaba como un alma en pena por ese calvario, solo tuve el consuelo de las divertidas elucubraciones de venganza que poco a poco iba tejiendo, al principio solo en mi enorme despacho de burócrata incompetente en grado sumo, y después con mi jefa de administración, persona inteligente y ácida, quien me fue adentrando en un punto de vista que jamás, en mi angustia, se me hubiera ocurrido plantearme: el mundo está lleno de idiotas, según la definición de Carlo M. Cipolla, «alguien que hace el mal sin obtener nada a cambio», en un número muy superior a lo que podemos imaginar e intentar gobernarlos por medio de la razón no puede ser más que el proyecto de alguien que coincide con ellos en su idiotez. Así que la única actitud posible es la adopción de un distanciamiento humorístico y, no lo niego, algo crepuscular, cínico, desganado, con el que contemplar con mirada vitriólica, y nada compasiva, el progresivo decaimiento de los sueños propios y el absurdo de los ajenos.

En todo caso, toda tortura, si tu corazón aguanta, tiene un final y me encontré en enero de 2009 a punto de terminar mi mandato decanal. Mi breve observación matutina me mostraba todas las mañanas el rostro desmejorado y triste de alguien a quien apenas reconocía. Necesitaba un cambio de vida, de costumbres, de aires. Mi familia estaba de acuerdo: era realmente difícil soportarme y a diario oscilaban entre un breve sentimiento compasivo y el deseo persistente e irrefrenable de tirarme escaleras abajo. De hecho, tuve un pequeño accidente doméstico que aún

hoy creo que no fue totalmente casual. La Filosofía, mi dedicación profesional y vocacional, me ofreció no el consuelo sino una salida en forma de lo que algunos llaman «turismo filosófico»: aceptaría la invitación de mis queridos colegas británicos y huiría a Inglaterra antes de morir de aburrimiento en mi despacho, ahora más pequeño, de profesor español de mediana edad, en busca en aquel momento, por diversas circunstancias personales y académicas, de algo interesante, productivo, con impacto, que hacer.

Así que presenté, algo que se me da muy bien, una imponente memoria académica de lo que pretendía llevar a cabo durante mi estancia en Inglaterra (fundamentalmente un estudio de la influencia de David Hume en Jeremy Bentham), les lloré un poco a los viejos amigos ingleses que durante más de veinte años había atesorado bajo la protección de mi amiga y maestra Esperanza Guisán y recibí el nombramiento –para mi sorpresa– de *Research Fellow* del Bentham Project del University College de Londres. La huida estaba preparada.

El invierno de 2010, como puede suponer el lector que ya se pueda hacer una idea de los desgraciados e irracionales que son todos mis planes fue el más duro del siglo. Desembarqué en Londres un domingo por la mañana, soleado y hermoso, pero capaz de hacer tiritar al más templado. Mi entrada fue triunfal. Fui interceptado por una amable agente cuando me dirigía a un taxi cargado de enormes maletas (ni la economía ni la ergonomía han sido nunca mi fuerte y siempre he pensado que si el fin del mundo te sorprende fuera de casa debería hacerlo *casi* con todo lo que tienes en ella), quien me afeó el tintineo de botellas de alcohol (muy llamativo, hay que decirlo) que acompañaba mi desplazamiento. Debo aclararlo, aunque sea por el poco buen nombre que me queda: no bebo alcohol por lo común, solo una inocente cerveza y en fin de semana, pero estaba invitado a una cena de bienvenida, una «dinner party», esa noche y había consultado a un buen amigo sobre el comportamiento más adecuado en tal circunstancia y su consejo fue claro: «lleva vino». Como no dijo cuánto y yo no soy de quedarme corto, me aprovisioné convenientemente en el *Duty Free* y desembarqué en Heathrow con el aspecto de un tratante de licores sudoroso y despistado: lo ideal para atraer la atención del competente cuerpo de policía del aeropuerto londinense. Así que mi humillante entrada en mi «epojé» de la burocracia, en lo que iba ser un paréntesis para recuperar el impulso y el brío filosófico, desembocó en una llamada a casa de mi anfitrión para que confirmara que no era un peligroso comerciante de licores espirituosos sino lo que era evidente, un «idiota», sin mala intención, pero idiota al fin.

Parte de lo que ese turista filosófico extrajo de su estancia como *Honorary Research Fellow* del Bentham Project del UCL de Londres, una institución que ninguna culpa tiene de mis desatinos, es esta narración¹² que les he presentado de ese pequeño pero maravilloso escrito auto-justificadorio de David Hume acerca del fracaso de la expedición a L'Orient. No sé si es el mejor de mis trabajos; si sé a ciencia cierta que es el que más me ha divertido escribir en años.

Vale et salve!

¹² Otro resultado más académico, más relevante, pero desde luego menos divertido de mi actividad en el Bentham Project fue una amplia selección de obras de David Hume que edité en 2012, con un amplio estudio introductorio, para la editorial Gredos, cf. (Tasset 2012).

Referencias bibliográficas

- Burton John, Hill (1846), *Life and correspondence of David Hume : from the papers bequeathed by his nephew to the Royal Society of Edinburgh; and other original sources*, Edinburgh, William Tait.
- Diverrière, P. (1931), *L'attaque de Lorient par les Anglais, 1746*, Rennes.
- Hume, David (1992) [1756], «Fragments of a Paper in Hume's Handwriting, describing the Descent on the Coast of Brittany, In 1746, and the Causes of its Failure», en *The philosophical works*, editado por Thomas Hill Green y Thomas Hodge Grose, vol. IV, pp. 443-60, Aalen, Scientia Verlag.
- Hume, David, Thomas Hill Green, and Thomas Hodge Grose (1992), *The Philosophical works*, 4 vols. Aalen, Scientia.
- Hume, David, and John Young Thomson Greig (1932), *The Letters of David Hume. Edited by J. Y. T. Greig. [With plates, including a portrait and a facsimile.]*: 2 vol. Oxford, Clarendon Press.
- Mazza, Emilio (2012), «Hume's life, intellectual context and reception», en *The Continuum Companion to Hume*, editado por Alan Bailey y Dan O'Brien, pp. 20-37. Continuum.
- Meyer, Paul H (1951), «Voltaire and Hume's Descent on the Coast of Brittany», *Modern Language Notes* 66 (7):429-35.
- Mossner, Ernest Campbell (2001), *The life of David Hume*, 2nd ed., Oxford, Clarendon.
- Tasset, José L. (2005), *David Hume: Escritos impíos y antirreligiosos*, Madrid, Akal.
- (2010), «Ensayo de una historia humorística de la filosofía», en *La sonrisa del sabio (Ensayos sobre humor y filosofía)*, editado por Manuel Ballester y Enrique Ujaldón, pp. 149-84. Madrid, Biblioteca Nueva.
- (2012), «Hume», Madrid, Editorial Gredos.
- Voltaire (1756), *The history of the war of 1741. By M. de Voltaire. In two parts*. London[?]: Printed in the year.
- (1761), *The works of M. de Voltaire Translated from the French. With notes, historical and critical. By Dr. Smollet, and others*. London, printed for J. Newbery, R. Baldwin, W. Johnston, S. Crowder, T. Davies, J. Coote, G. Kearsley, and B. Collins, at Salisbury.